



Foto: Internet

(DES) PREOCUPACIÓN VIVIMOS EL TIEMPO DE LA PREOCUPACIÓN

Por Ramiro Laso Bayas

Zygmunt Bauman señaló en su momento, que vivimos en una sociedad líquida, porque toda ella se refleja en la falta de principios, fluida, volátil, sin ningún valor que fundamente la vida dada la rapidez de los cambios. Sociedad que “confunde el progreso con los atajos; prefiere llegar pronto y mal, a ser constante y conseguir algo positivo a largo plazo, y que resulte más significativo”. Preocupados y volátiles

Líquida porque produce estereotipos hoy llamados ‘influencers’, que tienen una acogida multitudinaria y que solo reflejan una “vida de mentira y programada, repleta de falso éxito y felicidad por los cuatro costados”. Un negocio, al fin, que produce muchos beneficios sin hacer absolutamente nada y sin tener referentes sustanciales de lo que es el ser humano: “humanos virtuales sonrientes después de dos horas preparando una foto para que creas que esa es su vida” (Badín, 2021). Preocupados y sin contenidos.

Vivamos el tiempo de la despreocupación

El tiempo de la despreocupación. Cuando alguien ha gozado de una mañana de la vida activa y rica en tormentas, sobre la hora del mediodía de la vida se apodera de su alma una singular avidez de quietud, que puede durar lunas y años. Él queda rodeado de silencio, las voces suenan lejos y más lejos, el sol brilla recto sobre su cabeza. En una oculta pradera del bosque ve al gran Pan durmiendo: todas las cosas de la naturaleza se han dormido con él, le parece ver una eternidad en la cara. No quiere nada, no se preocupa de nada, su corazón calla, solo vive su ojo, es una eternidad con ojos despiertos (F. Nietzsche).

Por favor, cerremos los ojos o vivamos esa eternidad con ojos abiertos. Reposemos sobre la hora del mediodía de la vida. Dejémonos apoderar por esa avidez de quietud que le posibilita vivir la eternidad, pero con ojos despiertos.

Hay un tiempo diferente al tiempo de la vida actual. La subjetividad absoluta se alcanza solamente en un estado de silencio, de esfuerzo por el silencio (cerrar los ojos significa hacer que la imagen hable en el silencio). El tiempo de la vida actual con sus imágenes digitales carecen de silencio; no hablan o narran, sino que hacen ruido. El rápido cambio de imágenes imposibilita cerrar los ojos, pues esto presupone una demora contemplativa. Las imágenes están construidas hoy de tal manera, que no es posible cerrar los ojos. Entre ellas y el ojo, se produce un contacto inmediato, que no admite ninguna distancia contemplativa.

El tiempo de la vida actual es el tiempo del trabajo, como único tiempo. Nos llevamos el tiempo del trabajo no solo a las vacaciones, sino también al sueño. Por eso, hoy dormimos tan inquietos. El tiempo de la vida actual es un tiempo incapaz de callar y concluir ningún proceso.

Byung-Chul (2016), han cuenta una situación moldeable a la que exponemos: durante un festival de música experimental un grupo de death metal estaba seriamente preocupado cómo terminaría su repertorio. Iniciar con ritmos desgarradores y desenvolverse estruendosamente solo puede significar un final todavía más intenso. Pero no se sabía cómo terminar el espectáculo. Sin embargo, y para alivio del grupo, poco antes de terminar el concierto los altavoces ardieron por la sobrecarga. El exceso terminó en catástrofe. Y eso es lo que nos sucede a menudo, si no es de forma constante. No paramos. La velocidad y estruendo con los que vivimos, no nos permite cerrar los ojos y vivir la capacidad del silencio que es creación inconmensurable.

Abraham Lincoln decía que “si tuviera ocho horas para cortar un árbol emplearía siete en afilar el hacha”. Convenzámonos: la vida con sus innumerables temas debe ser vista por alguien que visita frecuentemente la pausa, el detenimiento, la serenidad, el silencio y que afila y afila la propia hacha tantas horas cuantas sean necesarias para embarcarnos en la inmensidad del pensamiento, la reflexión y la búsqueda de soluciones.

El siguiente es un texto de lo más precioso dado a conocer por la maestra de la palabra, Susana Cordero de Espinosa en un escrito al que lo titula “Del silencio”:

Leo por primera vez detalles sobre un laboratorio catalán de Aplicaciones Bioacústicas y me maravilla la trascendencia del trabajo de sus científicos, que consiste en oír más allá de lo normalmente audible, es decir, en oír el silencio. ‘Oír’ por ejemplo, el paso de un jaguar, que ‘produce un espacio de silencio’. ‘La proximidad de la lluvia que cambia el paisaje sonoro’. Todos hemos sentido cómo el siseo de la lluvia contribuye a nuestra calma interior, y, más allá de la tan humana afición a la música, nos damos cuenta de la maravilla acústica que resulta del silencio en nuestro universo. En alguna ciudad olvidada vivimos la experiencia de haber entrado a un espacio de ‘silencio total’, inmensa sala insonorizada vacía, triste, sin poesía, y hoy veo en El País una maravillosa fotografía, con el profundo cielo azul al fondo de la cueva Isabella, en los Dolomitas italianos llamados ‘las montañas rosas’, donde los miembros de ese laboratorio aseguran haber grabado por primera vez el silencio absoluto que evocan ‘como una experiencia mística’: “tumbarse en el suelo de la gruta, en la oscuridad y sin sonido alguno, y perder por completo la noción del espacio y del tiempo” (el subrayado es mío).

La soledad sonora del místico. La utilidad de lo inútil. El tiempo de la (des)preocupación.

Referencias bibliográficas

Badin. M. (2021) Sociedad líquida. El Mercurio 11 Abril 2021 <https://ww2.elmercurio.com.ec/2021/03/07/sociedad-liquida/>

Byung-Chul Han. (2016) Por favor, cierra los ojos. La Vanguardia. <https://www.lavanguardia.com/cultura/20160709/403066321268/por-favor-cierra-ojos.html>

Cordero S. Del silencio. (2021) (El Comercio, 26 enero 2021) <https://www.elcomercio.com/opinion/columnista-elcomercio-opinion-silencio.html>